



**FILO:UBA**  
Facultad de Filosofía y Letras  
Universidad de Buenos Aires

A

# Notas de Apolodoro II

Autor:

**Sara I. De Mundo**

Revista

Anales de Historia Antigua y Medieval

**1948 - 1, pag. 172 - 180**



Artículo



**FILO:UBA**  
Facultad de Filosofía y Letras

FILODIGITAL  
Repositorio Institucional de la Facultad  
de Filosofía y Letras, UBA

# NOTAS A APOLODORO

POR SARA I. DE MUNDO

## II

Para los helenos, *παῖς Λαός*, el mundo en general era un ente animado, y los árboles y las plantas no fueron excepción a la regla. Tenemos pruebas de la prevaleciente adoración tributada a los árboles a la vez en Italia y Grecia, cubiertas como Europa toda en los albores de la historia, por enormes bosques de olmos, castaños y especialmente de encinas (que son aún hoy el principal árbol de Europa), a los que fueron no pocos los prodigios, poderes y cualidades que el hombre les atribuyera, pero la virtud profética, *entre ellas, tuvo una enorme importancia y consecuencias.*

Cuando el hombre dejó de considerar a cada uno de los árboles como seres de vida consciente, como cuerpos en los que se hallaba encarnado el árbol-espíritu, y vió en ellos sólo una masa inerte habitada por seres sobrenaturales, el pensamiento religioso ya había recorrido un largo camino. Pero tan pronto como esos seres se desvincularon de un árbol particular, adquiriendo el poder de mudar libremente de morada, el pensamiento se apresuró a vestir a esos abstractos espirituales con ropaje de forma humana, imaginándolos como deidades antropomórficas de los bosques<sup>1</sup>.

La adoración a los árboles se transformó así, pausada y largamente, en el culto de los dioses y diosas de los árboles, los cuales, al desarrollarse el pensamiento religioso, se desprendieron cada vez más de la vieja concepción de habitantes del árbol, y asumieron el carácter de divinidades agrestes y poderes de la fertilidad en general.

<sup>1</sup> FRAZER, JAMES GEORGE: *The golden bough. Part. I: The magic art and the evolution of kings.* Vol. II.

No es nueva la afirmación de que los más antiguos santuarios fueron los bosques naturales, en que los dioses revelaban sus designios a las almas contemplativas, valiéndose del murmullo producido por el silbar del viento entre las hojas, el crujir de las cortezas o el chasquido de las ramas de los árboles.

Quizás uno de los más antiguos centros en que Zeus fué venerado y ciertamente el más famoso, está en Dodona, donde una de las formas de la adivinación, conserva las trazas de la "arbor adoratio" e ilustra, como dice Farnell<sup>2</sup>, la concepción del Zeus ἔνδενδρος, el dios que vive en el árbol y que habla en el a veces casi imperceptible susurro de las hojas.

Ya los antiguos pelagos, antecesores de los griegos, veneraban allí la encina, "ex cuius radicibus fons manabat, qui suo murmure instinctu deorum diversis oracula reddebat"<sup>3</sup>, y que al decir de un escoliasta del siglo VIII, "cantó los destinos de los romanos"<sup>4</sup>.

La encina de Dodona hacía inteligible a los mortales, la voluntad suprema de Zeus omnipotente, Zeus φήμιος, cuyos pensamientos, si bienhechores, se traducían en el lenguaje rítmico de movimientos suaves y cadenciosos de ramas fecundas, pero si vengativos, en el impetuoso ulular del viento que incansablemente hinchaba y deshinchaba el follaje, en una gama interminable de acordes disonantes; y en Homero la Ὀσσα, voz profética de Zeus, que personificada aparece en el *Iliada*<sup>5</sup>, brotando de lo profundo en que el árbol hundía sus raíces, era la ansiada mensajera por cuyo intermedio el árbitro supremo del mundo se dignaba anunciar a los hombres el porvenir.

Pero aun talado el árbol y trabajada su madera, ésta conservaba el poder profético, sirviendo de instrumento pasivo al dios que se revelaba por su intermedio.

Era común en gentes abrasadas por la sed de los presagios y signos de la divinidad, hacer uso de oráculos domésticos constituidos por objetos o muebles de madera, cuyos crujidos proporcionaban material inapreciable a sus interpretaciones.

<sup>2</sup> FARNELL, LEWIS RICHARD: *The cults of the Greek States*. Vol. I, pág. 39.

<sup>3</sup> *Serv. Aen.* 3, 466

<sup>4</sup> *Schol. Bern. ad Virg. Eclog.* 1, 17.

<sup>5</sup> *Iliada*, II, 93.

Tenemos noticia de que los mismos sacerdotes de Dodona solían obsequiar a los peregrinos con trozos de madera, proféticos como el árbol de que procedían.

Así el navío Argo pudo ser conducido por un leño de la encina de Dodona, que la diosa Atenea cortó y ajustó a su proa, y mediante el cual el gran Zeus se hizo presente a lo largo del viaje, para participar a los Argonautas sus designios divinos sirviéndoles de guía.

Apolodoro nos pone en conocimiento, en diversas ocasiones, de los anuncios u órdenes de la divinidad que reciben los tripulantes del Argo, las cuales quebrando la monotonía del viaje, encienden el relato, sobre todo cuando la profecía inminente se hace preceder de la explicación escueta del prodigio, contenida en tres simples palabras: "La nave habló... , el Argo dijo..." Así Hércules quedó en Tesalia porque "el Argo dijo que no podía soportar su peso"<sup>6</sup>, y asesinado Apsirtide, "la nave habló anunciando que la ira de Zeus no cesaría hasta que fueran a Ausonia para ser purificados por Circe"<sup>7</sup>.

Es el gran dios quien así se manifiesta, y es su voz la que llega a oídos mortales partiendo del leño sagrado, digno retoño de la encina venerada, que desde la proa conduce al Argo a su destino.

#### ἄστν - πόλις

Apolodoro en el libro II-IV-7 de su Biblioteca, al hablarnos de la zorra que causaba estragos en Cadmea, nos refiere cómo para evitar males mayores, los tebanos exponían todos los meses, ἕνα τῶν ἀστῶν παῖδα.

Es evidente que el autor mediante el empleo de la palabra ἀστῶν, ha querido localizar geográficamente al individuo afectado, presentándolo como uno de los tantos habitantes de la ἄστν, o sea de la ciudad en oposición a la campaña.

Su intención se hace tanto más manifiesta cuanto elude referirse a uno de los πολιτῶν, condición que no todos los ἄστοι, poseían, y que implicaba una serie de derechos con sus correspondientes obligaciones.

<sup>6</sup> *Apollodori Bibliotheca*, I, IX, 18

<sup>7</sup> *Apollodori Bibliotheca*, I, IX, 24.

Sabemos que el ateniense llegaba a ser *πολίτης*, en virtud de su nacimiento o de una gracia especial, y que generalmente sólo alcanzaban ese derecho los hijos de padres que lo poseían. Recién al cumplir los dieciocho años, los hijos varones presentados a su *δήμος*, eran rechazados o aceptados como ciudadanos, por la asamblea de los *ληξιαρχικόν*.

En caso de ser admitido, los *ληξιαρχοι*, magistrados que en número de seis convocaban a los ciudadanos a las asambleas públicas, lo inscribían en el *ληξιαρχικόν γραμματεῖον*, que contenía la lista de los que tenían derecho a la *ληξις*, es decir a la herencia y a su posesión.

A partir de ese momento estaba sujeto al servicio militar que debía cumplir hasta los sesenta años, y gozaba de muchos derechos, entre los cuales los más importantes eran el *ἐγκτησις*, o sea el derecho de propiedad, el derecho de comparecer en justicia y el de participar en los cultos comunes a los hombres de un mismo origen.

Los *πολιται* estaban sujetos a ciertas obligaciones, y especialmente sobre los más ricos de entre ellos, pesaban las *λειτουργίαι*. Esta especie de impuesto a la riqueza existió sobre todo en Atenas, pero otras ciudades griegas como Tebas y Egina parecen haberlo soportado también. En tiempos de guerra pesaba además sobre los ciudadanos la *εἰσφορά*, impuesto extraordinario que se establecía según el capital y que se destinaba a los gastos de la guerra. Este impuesto, del que nadie podía ser eximido, comenzó a ser percibido durante la guerra del Peloponeso.

El *πολίτης* ateniense que necesariamente debía ser miembro de una tribu, de un *demos* y de una fraternidad, era el único que gozaba de los derechos políticos.

Tales, en síntesis, las condiciones del *πολίτης*, que lo distinguen del *ἄστος*.

En Grecia, el conjunto de los *πολιται* constituye la *πόλις*, así como en el Lacio, los *cives* forman las *civitas*, o sea la ciudad desde el punto de vista político. *πόλις* y *civitas* son por lo tanto términos equivalentes, de la misma manera que lo son *ἄστυ* y *urbs*, es decir la ciudad geográficamente considerada, el recinto que rodean las murallas.

Así Cicerón habla de "urbem condere", de "urbem amplificare",

pero refiriéndose a la civitas, dice, por ejemplo, "civitatem administrare" y "civitatem aequissimo jure ac foedere". La expresión "designare urbem aratro", que aparece en Virgilio, significa trazar con el arado el recinto de una ciudad; y la "ad urbem esse", tiene el sentido de estar a las puertas de una ciudad, y especialmente de Roma.

Homero en la *Iliada*, al referirse a la gran ciudad de Príamo, emplea la palabra ἄστυ.

... ἄστυ μέγα πριάμοιο.

Lo mismo encontramos en Esquilo, quien en *Los persas*, v. 535, emplea la palabra ἄστυ, al referirse al luto que cubre a las ciudades Susa y Agbatana.

... ἄστυ τό Σούσων ἠδ' Ἀγβατάνων.

Por último podemos comprobar, ya en la época bizantina, que el ἄστυδικῆς es el "praetor urbanus", lo cual es bien significativo, para compenetrarse de la verdadera acepción, con que tanto en el Lacio como en la Hélade, aún en época tardía, se emplearon los términos urbs y ἄστυ.

#### φάρμακον

φάρμακον es un medicamento o remedio.

Los médicos que eran a la vez farmacéuticos, preparaban ellos mismos sus medicamentos, pero quienes les procuraban los ingredientes eran los φαρμακοπώλαι ο ριζοτόμοι. Los primeros eran esencialmente droguistas, en tanto que los otros, herboristas, ya que las raíces de toda especie, las hojas y flores, eran la base esencial de los medicamentos.

En el siglo v aparece algo así como una nueva industria, la de estos φαρμακοπώλαι, que no estando vigilados vendían toda clase de drogas, sustituyendo su fantasía, la ciencia del médico.

Pero en esencia, tanto unos como otros, médicos y farmacéuticos eran entonces simples charlatanes, y en sus laboratorios se encontraban las sustancias y preparaciones más extrañas e inverosímiles, no pudiendo por lo tanto asombrarnos que su arte se confundiera

a menudo con el de magos y magas, y que por consiguiente la palabra φάρμακον designase, no sólo los remedios y drogas científicos, sino también los venenos y narcóticos peligrosos, los filtros y brebajes mágicos.

Apolodoro se refiere en diversas ocasiones a los φάρμακα de Medea (v. I, 111, 113, 119, 121), empleando la palabra que nos ocupa en el sentido de veneno y brebaje mágico. Tal, por ejemplo, cuando Medea promete a las hijas de Pelias rejuvenecer a su padre por medio de drogas:

Apoll. I-IX-27: . . . διὰ φάρμακων αὐτόν ἐπαγγελλομένη ποιήσειν νέον.

Por último, esta misma palabra φάρμακον, es sinónima de χροῶμα, y se usa para designar tanto los colores que emplean artistas, pintores y decoradores, como las sustancias usadas en tintorería.

## NAUPLIO

Desde los tiempos más remotos, se acostumbró a colocar señales luminosas en las costas para guiar durante la noche a los navegantes, indicándose mediante ellas según el caso, los lugares de peligro, o por el contrario, de fácil acceso a la costa.

Ya en la época homérica existió la práctica de encender hogueras sobre el nivel del mar, puesto que en la *Iliada* se compara el brillo del escudo de Aquiles, con el fuego que arde en la cima de una montaña.

ἄμα δ' ἠελίῳ καταδύντι  
πυρσὺ τε φλεγέθουσιν ἔπιτριμοι, ὑψόσε δ' αὐγὴ  
γίγεται αἰσσοῦσα, περικτιόνεσσιν ἰδέσθαι,  
αἷ κέν πῶς σὺν νηυσὶν ἀρχῆς ἀλκτῆρες ἴκωνται.

*Iliada*, 18, 211.

En la isla de Faros, a la entrada del puerto de Alejandría, Ptolomeo I comenzó a levantar un edificio en forma de torre, de base cuadrada, que terminado hacia el año 282 A. C. en tiempos de Ptolomeo Filadelfo, fué una de las siete maravillas del mundo antiguo; conocido en la historia con el nombre de "Faro de Alejandría", llamóse así por extensión a otras construcciones similares,

y Amynone y padre de Palamedes, que al morir Tiphys, compitió con otros aspirantes a timonear el Argo<sup>3</sup>.

Nauplio, según Roscher<sup>4</sup>, es un héroe poseidónico que reúne en sí aspectos siniestros de la vida de los barqueros; navegante atrevido y audaz, precipita en las tinieblas de la muerte a otros barqueros como él.

...πλέων τὴν θάλασσαν, τοῖς ἐμπίπτουσιν  
ἐπὶ θανάτῳ ἐπυρσοφόρει. Apollod. II-I-5.

Sus viajes marítimos le han relacionado con muchas leyendas en las que invariablemente desempeña un papel trágico.

Así, Aleos le entregó en Tegea su hija Auge, para que la vendiese en el extranjero<sup>5</sup>; pero conducida por Nauplio a Teuthrania, se desposó con el rey Teuthras.

Tal resulta del relato de Apolodoro. Sin embargo, según Diodoro<sup>6</sup>, Auge entregada por Nauplio a barqueros cáricos, fué vendida después a Teuthras.

Como Aleo, también Katreo, hijo de Minos, dió su hija Aerope a Nauplio para que éste la ahogase en castigo por haberse unido a un esclavo; pero Apolodoro, a diferencia de otros autores, sólo nos dice al respecto que Katreo encargó a Nauplio que condujese fuera de la región a sus dos hijas, Aerope y Klymene, y que Nauplio se desposó con la última<sup>7</sup>.

Fruto de esa unión fué Palamedes, cuyo asesinato producido como consecuencia de las maquinaciones de Ulises, motivó la venganza del padre, a través de la cual Nauplio es por nosotros conocido.

El mito refiere que Nauplio, enterado de la muerte de Palamedes, se dirigió a Troya para pedir explicaciones a los helenos, que complacientes hacia Agamennón se las rehusaron, tornando el padre a Eubea abrasado por la sed del resentimiento y la venganza.

Pero al regresar los griegos de Troya, se le presentó a Nauplio la ocasión propicia para hacer sentir sobre los asesinos de su hijo,

<sup>3</sup> APOLL. RHOD.: 2, 896.

<sup>4</sup> ROSCHER, W. H.: *Ausführliches Lexikon der griechischen und römischen Mythologie*, III B. Leipzig, 1897-1909.

<sup>5</sup> APOLLOD.: 2, 7, 4, 3.

<sup>6</sup> DIODORO: 4, 33, 8.

<sup>7</sup> APOLLOD.: 3, 2, 2, 1.

y en general a cualquier fuego o señal luminosa, que alumbraba en la noche los caminos del mar.

Si bien estas señales luminosas tenían por objeto dirigir o guiar al navegante, advirtiéndole los peligros a sortear, tenemos noticias de que en oportunidades se simulaban faros, se encendían fuegos en las alturas o se apagaban los existentes con fines criminales, como el de desviar a los navíos de su ruta, hacerlos naufragar o aun sorprender, robar y matar a sus tripulantes.

El folklore de muchos pueblos, y sobre todo el de aquellos que miran al mar y saben de la embriaguez de sus brisas, es fecundo en leyendas, cuentos, tradiciones populares y canciones<sup>1</sup>, en las que se halla este motivo, aunque con ligeras variantes, que también ha sido tema de inspiración para trágicos y líricos, antiguos y modernos<sup>2</sup>.

El asunto que nos ocupa, no es tampoco ajeno a la mitología griega. A ella pertenece Nauplio, el argonauta hijo de Poseidón

<sup>1</sup> Sirvanos a título de ilustración, *Die zwei Königskinder* (popular canción alemana), que dice así:

Es waren zwei Königskinder,  
die hatten einander so lieb,  
sie konnten zusammen nicht kommen,  
das Wasser war viel zu tief.  
Ach, Liebster, du kannst ja schwimmen,  
so schwimme doch her zu mir.  
Drei Kerzen will ich anzünden,  
die sollen leuchten dir.  
Das hört' eine falsche Nonne,  
die tat, als ob sie schlief.  
Sie tat die Kerzen aus löschen,  
der Jüngling ertrank so tief.  
Ach Fischer, liebster Fischer,  
du verdienst dir hohe Lohn,  
wirfst du dein Netz ins Wasser  
und fischst mir den Königssohn.  
Sie nahm ihn in ihre Arme,  
und küsst ihm den bleichen Mund.  
Es musst ihr das Herze brechen,  
sie starb zu derselben Stund

<sup>2</sup> Entre los escritores modernos, podemos citar a Franz Grillparzer (1791-1872), quien se inspiró en este mismo motivo para escribir su drama *Des Meeres und der Liebe Wellen*, en el que la sola mención de algunos de sus personajes, pone de manifiesto la influencia del mito griego: Hero, Leander, Naukleros, Janthe, etc.

inexorablemente, todo el peso del rencor y odio, que naciera al calor de su angustia de padre.

Y así, no bien Atenea desencadenó en Caferea la tempestad que destruyó la embarcación de Ajax<sup>8</sup>, Nauplio encendió fuegos en los promontorios de Eubea, contra los que se estrellaron los naufragos ilusionados por la luz engañosa.

“Fuegos vengadores”, como los llama Propercio, que iluminaron para los griegos el camino de su destrucción.

Los ecos del mito llegaron hasta diversos autores<sup>9</sup>, Eurípides entre ellos, que en Helena nos dice:

...τί σοι λέγοιμ' ἄν τὰς ἐν Αἰγαίῳ φθορὰς  
τὰ Ναυπλίον τ' Εὐβοϊκὰ πυροπόληματα...<sup>10</sup>

Helena, 767.

Y en la misma obra, más adelante vuelve a tocar este tema, poniendo en boca de uno de los personajes las siguientes palabras:

...πολλά δέ πυρσεύσας φλογερόν σέλας ἀμφί ριτὰν  
Εὐβοϊαν εἶλ' Ἀχαιῶν  
μονόκωπος ἀνήρ πέτραϊς  
καφηρίσιν ἐμβαλὼν  
Αἰγαίαις τ' ἐνάλοισιν ἄκταῖς,  
δόλιον ἀστέρα λάμψας...<sup>11</sup>

Helena, 1126.

Sabemos también que Sófocles escribió una tragedia titulada “Nauplio” y que ya en la época imperial, el mito aparece en muchas canciones citaródicas, que gozaban de gran popularidad.

Tal la historia de Nauplio, πυροσφόρος, figura tétrica de la mitología griega, cuyos fuegos semejaban por sus estragos, aquellos con que el enemigo castigaba a las ciudades conquistadas, sumiéndolas en pavoroso mar de humo y llamas.

<sup>8</sup> El cabo Caferea era tan célebre por los naufragios que en él se producían que se lo denominaba “xylophagus”, o sea, devorador de madera.

<sup>9</sup> El mito de Nauplio es post-homérico, puesto que Homero no habla ni de Palamedes ni de Nauplio, y tampoco incluye a Nauplia en su catálogo de los barcos.

<sup>10</sup> Deberé hablarte de las tempestades del mar Egeo, de los fuegos engañadores encendidos por Nauplio en Eubea...

<sup>11</sup> A cuántos ha hecho perecer el navegante solitario, cuando iluminando la costa de Eubea, los arrojaba contra las rocas caféricas, peñascos castigados por las olas del mar Egeo, en los que brillaba la luz engañosa...